

R. 241364

16.057

OBRAS
DE SAN CYPRIANO
OBISPO Y MÁRTIR:

276

C16 j

FA

3754

TRADUCIDAS AL CASTELLANO,
Y ESCLARECIDAS CON NOTAS,
Y LA VIDA DEL SANTO,
POR EL DR. D. JOAQUIN ANTONIO DEL CAMINO,
Y ORELLA, CANÓNIGO DE LA IGLESIA CATEDRAL
DE LUGO.

PARTE PRIMERA:

CONTIENE LAS CARTAS DEL SANTO,
Y LOS PROLEGÓMENOS.

EN VALLADOLID
POR ARÁMBURU Y ROLDÁN.

AÑO DE MDCCCVII.

Con las licencias necesarias.



Joseph Ximeno le dibujó.

Enrico Ariz de la Torre lo grabó M. 1806.

V I D A

DEL BIENAVENTURADO MARTIR.

SAN CYPRIANO

POR PONCIO SU DIÁCONO (a).

Aunque el piadoso pontífice y glorioso martir del señor, Cypriano dexó escritas muchas cosas que immortalizarán su nombre; aunque la gran fecundidad de su eloqüencia animada con la energía de la divina gracia, no cesará tal vez de hablar mientras durasen los siglos, por el abundoso é inagotable torrente de su estilo; mereciendo empero sus relevantes y esclarecidos hechos que se transmitan á la posteridad para exemplo de los venideros, quise decir algo de ellos en compendio; no ciertamente porque haya ninguno, aun entre los mismos paganos, á quien sea desconocida la vida de un hombre tan grande, sino para dexar á los christianos de por venir un eterno monumento de sus virtudes. Sería verdaderamente extraño que tras de haber nuestros padres honrado tanto á los legos, y aun catecúmenos que habian alcanzado la corona del martirio, hasta describir sus actas con la mas pro-

(a) De él habla así San Gerónimo de *viris illustrib.* cap. 68. *Pontius Diaconus Cypriani usque ad diem passionis ejus cum ipso exilium sustinens, egregium volumen vite et passionis Cypriani reliquit.* Del mismo rezan los martirologios en 8 de marzo. Santa Rusticola abadesa de Arlés en el siglo VII. levantó un altar á san Poncio, sia que conste si al nuestro, ó á otro santo martir del mismo nombre, de quien se dice haber convertido á los emperadores Filiberto. *Raynart.*

lix individualidad, á fin de que llegasen á noticia de los que todavía estaban por nacer; solo se hubiese omitido referir la muerte gloriosa de un pontífice, y de un martir, qual san Cypriano, quien, aun quando no hubiese conseguido la palma del martirio, nos hubiera dexado mucho que aprender. Sería extraño que no se pusiesen de manifesto las cosas que hizo durante su vida, tantas en número, tan heroicas, tan maravillosas, que asombra solo el contemplar su grandeza, y me obligan á confesar mi insuficiencia para hablar de ellas con la dignidad que corresponde, y para formar un retrato que no desdiga de lo que en sí preponderan; sino es que se quiera decir que tan resplandecientes glorias sobrado se esclarecen á sí mismas, sin que tengan necesidad de orador que las publique. Dá cima á todo esto que vosotros mismos no contentos con que os diga muchas cosas de él, quisierais, á ser posible, saber todas ellas por el deseo ardiente que teneis de conocer sus hechos, ya que no escuchais la viva voz de sus palabras. Sobre lo qual si os dixere que me faltan las fuerzas de la eloqüencia, diré poco; pues no hay eloqüencia en el mundo capaz de satisfacer enteramente vuestra curiosidad. Así de una y otra parte me veo apurado. Si sus virtudes me agobian, vuestras instancias me fatigan. ¿De dónde, pues, podré comenzar? ¿Desde qué época tomaré el principio de sus grandes obras, sino desde el primer momento de su celestial regeneracion? porque los hechos de un hombre lleno de Dios no deben empezar á referirse, salvo desde aquel precioso instante en que él mismo nació para Dios. Norabuena que hubiese cultivado su entendimiento con el estudio de las bellas letras; las pasaré en silencio, pues que no tenían mas objeto que las ventajas profanas del siglo. Pero si despues que se imbuyó de las sagradas letras, y desvanecidas las tinieblas del mundo entró en la re-

region luminosa de la sabiduría del cielo, me hallé presente á algunas de sus acciones; si he averiguado otras de que no pude ser testigo, contarélas, pidiendo que quanto dixese de menos (pues no puede suceder otra cosa) en nada perjudique á sus glorias, y solo se impúte á mi ignorancia.

2 Desde los primeros pasos de su conversion nada creyó le pudiera hacer mas grato á Dios que la guarda de la continencia, estando persuadido que nunca llegaria su entendimiento á ser capaz del perfecto conocimiento de la verdad, mientras no refrenase la concupiscencia de la carne con una castidad á toda prueba. ¿Quién hasta ahora habia oido semejante milagro? Aun no bien la regeneracion habia iluminado al hombre nuevo con los rayos de la celestial luz, quando ya las vislumbres nacientes del aurora disiparon las espesas tinieblas en que habia estado envuelto el hombre viejo. Además, y lo que es mas notable, habiendo comprehendido algunos oráculos de la Escritura, mas por una anticipada fé que por lo que se podia esperar de un simple neófito, al instante puso en práctica lo que le parecia le habia de hacer mas acepto á los ojos del señor. Vendidos sus bienes, y reducido á dinero todo su patrimonio para socorrer las necesidades de los pobres, logró dos ventajas, juntando al desprecio de la ambición, vicio el mas pernicioso del corazon humano, el cumplimiento de las obras de misericordia que el mismo Dios antepuso en otro tiempo á sus sacrificios¹, y no desempeñó aquel que se gloriaba de haber satisfecho á todos los mandamientos de la ley². De esta manera con el fervor de una apresurada devocion comenzó á ser un perfecto christiano, casi antes de saber lo que era necesario para ser christiano. ¿Quál de los antiguos, preguntó, hizo otro tanto? ¿Quál de aquellos hombres envejecidos en la fe, cuyos entendimientos y oídos

¹ Os. c.6.

² Math. c. 19.

es-

estuvo hiriendo tantos años el eco de la divina palabra, executó lo que un hombre enteramente novicio en la misma fé, de quien apenas se hubiera creído que fuese christiano? Nadie siega luego que haya sembrado: nadie vendimia de las vides que no ha hecho sino plantar: nadie hasta ahora habia cogido fruto de los árboles tiernos, no bien acabados de prender. Mas todo es fuera de regla en él. En él (si se puede decir así, pues parece sobre toda creencia) la cosecha se anticipa á la sementera, la vendimia á los pámpanos, los frutos á las flores. Advierte el Apóstol en una de sus cartas ¹ que los neófitos no deben ser promovidos al pontificado; no sea que poseidos todavía de los errores del paganismo, y no estando arraygados en la fé, pequen en algo contra Dios por falta de experiencia. San Cypriano fué el primero, y quizá el único que acreditó con su exemplo que en los progresos de la christiana perfeccion, mas puede una ardiente fe, que el transcurso de los años. Y aunque es verdad que aquel eunuco, de quien hablan los Hechos apostólicos ², creyó de todo corazon luego que fué bautizado por Felipe, aquí no cabe comparacion. Este era judío, y al volver del templo de Jerusalem iba leyendo al profeta Isaías, y esperaba en Jesu-Christo; bien que no creía hubiese venido. San Cypriano al contrario apenas acababa de salir de entre ignorantes paganos, en breve se encumbró á una fé tan heroica que no se encontrará acaso quien haya rematado por donde él habia comenzado. En fin, ninguna tardanza, ninguna resistencia á la gracia de Dios. No dije todo: lo mismo fué bautizarle, quando al punto se le condecoró con el sacerdocio y pontificado; pues; quién no hubiera confiado á un hombre tan lleno de fé las mas relevantes dignidades? Muchas fueron las esclarecidas acciones que executó quando todavía era lego; muchas quando presbítero; muchas

¹ Timot.
c. 3.

² Act.c.8.

chas las que obró por seguir el exemplo de los varones santos antiguos, á fin de atraer sobre sí por todos los medios posibles las bendiciones del señor. Así al ver que algun hombre era elogiado por Dios en la Escritura, quería se averiguase por qué lo hubiese sido. Si Job fué llamado en boca del mismo Dios verdadero siervo suyo, á quien ninguno era digno de comparársele sobre la tierra, san Cypriano amonestaba hacer lo que Job habia hecho, para merecer de Dios las mismas alabanzas que él habia merecido. Job poseia una virtud tan robusta, y á todo trance, que ni se alteró por la pérdida de sus bienes, ni el dolor, ni la pobreza le abatieron. No le doblegaron los consejos perniciosos de la muger; no desalentó su intrépido corazón la llaga cruel de que todos los miembros de su cuerpo habian quedado ulcerados. Su incontrastable firmeza, y su piedad, que habia echado hondas raices, no se rindieron á todos los asaltos del demonio, y triunfando de las sugeriones infernales, no cesaba de alabar á Dios desde el abismo horrible de sus miserias. Su casa estaba abierta á quantos quisiesen entrar en ella. Jamás viuda ninguna volvió de su presencia con las manos vacías: ningun ciego hubo á quien no encaminase: ningun baldado, cuyo báculo no fuese: ningun oprimido al qual no librase de la tiranía del poderoso. Esto deben hacer, decia san Cypriano, los que desean agradar á Dios. De esta manera, discurrendo por todos los exemplos de hombres santos, al paso que imitaba á los mejores, él mismo se hacia digno de ser imitado por otros.

3. Entre las personas que trataban mas familiarmente con él, siendo yo una de ellas, habia otro llamado Cecilio, de buena memoria, respetable por sus años y por la dignidad del sacerdocio, el qual le habia traído de los errores del paganismo al conocimiento del verdadero Dios. San Cypriano le ama-

amaba entrañablemente, mirándole sin embargo no tanto con llaneza de amigo, como con aquel respeto debido á quien era padre suyo por la nueva vida que de él habia recibido. Obligado Cecilio de la filial correspondencia de Cypriano, llegó por su parte á amarle tan de veras, que al partir de esta vida, le dexó encomendados su muger y sus hijos, haciendo heredero de sus tiernos sentimientos al mismo á quien antes habia hecho partícipe de su religion (a). Sería cosa larga y aun molesta el referir en particular todos los ilustres hechos de san Cypriano. Para prueba de sus insignes obras, solo bastará decir que aun siendo neófito y novel en la fé, fué elegido para el sacerdocio y pontificado por inspiracion de Dios con votos unánimes de todo el pueblo; pues desde los principios de su conversion, quando todavía era bisoño en la vida espiritual, sobresalía en él una índole tan generosa, que como quiera que aun no se hallaba revestido del caracter de obispo, daba esperanzas de que algun dia sería capaz de llenar dignamente este puesto. Ni debo omitir aquel golpe heroico de su humildad, quando acudiendo arrebatadamente todo el pueblo inspirado del señor para hacerle obispo, se retira con modestia, cede á otros mas veteranos un lugar de tan alta gerarquía, y se confiesa indigno de ocuparle, cuyo solo hecho le acreditaba de mas digno, porque quien rehusa un honor que merece, por lo mismo le merece mas. Entre tanto el pueblo clamaba por él con mayor instancia y empeño, y segun se vió por una experiencia feliz, no solo buscaba en él un obispo, si tambien un martir por lo mismo que le bus-

(a) Ya advirtió Lombert la incertidumbre que hay sobre si este Cecilio es el mismo de quien habla Minucio Felix en su *Octavio*. Sus hijos encomendados á san Cypriano, se supone, fueron habidos antes que gozase el sacerdocio. Del mismo Cecilio se hace mencion en los martirologios el dia 3 de junio.

buscaba estando escondido (a). Muchedumbre de fieles habia ocupado las puertas de su casa, y cogió todas las entradas y salidas de ella. Hubiera podido en este apuro hacer lo que hizo san Pablo, descolgándose por una ventana¹, si no hubiese tenido por arrogancia entrar al parangon mediante este ardid con todo un apóstol de las gentes. Entónces era ver con qué impaciencia le aguardaban aquellos fervorosos hombres. Entónces, con quanto gozo le recibieron, quando ya le tenian entre sus manos. No quisiera decirlo de grado, pero habrélo de decir por fuerza; no faltaron algunos descontentos que se opusieron á su ordenacion; bien que para su mayor gloria y triunfo. Sin embargo; con qué dulzura, con qué mansedumbre y bondad les perdonó en adelante, hasta contarlos entre sus mayores amigos! Muchos se maravillaron de esta grandiosidad de su corazon, y en verdad no sin fundamento; pues ¿quién no creeria muy superior á los resentimientos de nuestro pundonor y delicadeza el olvido de tamaña injuria en un hombre que por su retentiva feliz todo lo tenia presente? ¿Y quién podrá contar debidamente qual fué su conducta en el desempeño de su importante ministerio? ¿Cómo supo templar la blandura con la firmeza, la condescendencia con el rigor? En su rostro resplandecian tanto la gracia y santidad, que con solo mirarle, infundia respeto á quantos ponian los ojos en él. Era jovial y grave al mismo tiempo; ni severo con demasia ni afable con exceso: en todo comedido y reportado; por manera que se podia dudar qual mereciese mas, si ser temido, ó ser amado, sino es que se diga que así merecia lo uno como lo otro. Su vestido no degeneraba de lo que se ha dicho de su porte: ni era sobresaliente con ostentacion, ni soez con un afecto-

Act. 2.
p.

(a) Porque lo estuvo en dos ocasiones antes de padecer el martirio.

tado desaliño: señal muchas veces de una ambicion refinada, no menos que la pompa y el luxo mismo. Pues lo que es para con los pobres, ¿qué no haria quando obispo quien los amó tanto quando era catecúmeno? Respondan los obispos á los quales hizo limosneros la misma dignidad del obispado; porque san Cypriano lo era desde muy antes, y no le hizo, antes bien le halló caritativo la cátedra episcopal. Unos méritos tan relevantes bien presto le pusieron en ocasion de gozar el honor de que fuese proscrito por el magistrado. A la verdad era justo que un hombre, á quien la gloria de su fé y de su zelo hicieron tan célebre entre los christianos, no lo fuese menos por la pública fama entre los paganos. Hubiera podido desde luego conseguir la corona á que era acreedor, del martirio, á medida de los aventajados progresos con que habia adelantado en la carrera de la virtud, y mas quando los repetidos clamores del pueblo pedian que fuese arrojado á los leones; pero era preciso que no subiese de golpe; antes bien pasando por todos estos escalones, á la cumbre de la gloria: á mas de que en la persecucion que amenazaba contra la iglesia, necesitarian los fieles de ser sostenidos por sus poderosos exhortos. Supongamos que en aquel entonces hubiese derramado su sangre, padeciendo el martirio; ¿quién les hubiera hecho ver las ventajas sobrenaturales de la fé? Y quién hubiera contenido á las vírgenes con el freno de la sagrada Escritura en los términos de la debida honestidad y de la modestia de su ornato (a)? ¿Quién, pregunto, hubiera predicado la penitencia á los lapsos, la verdad á los hereges, la union á los cismáticos, la paz y las reglas de la oracion evangélica á los hijos de Dios (b)? ¿Quién hubiera rebatido las blasfemias de los paganos, haciendo caer

SQ-

(a) En su tratado sobre el modo de vivir y vestirse de las vírgenes.

(b) En sus tratados: sobre las que habian caído al tiempo de la per-

sobre ellos mismos las calumnias que levantaban contra la iglesia (a)? ¿Quién hubiera consolado á los christianos pusilánimes, ó tal vez de poca fe, en la pérdida de sus allegados con la esperanza de la inmortalidad (b)? ¿Por dónde hubiéramos aprendido á ser misericordiosos y sufridos (c)? ¿Cómo á no dar cabida en nuestro corazon al mortal veneno de una envidia maligna (d)? ¿Quién hubiera levantado el corage de tantos mártires con las amonestaciones de la sagrada Escritura (e)? ¿Quién en fin hubiera encendido, para arrostrar el combate, con el rayo de la celestial trompeta á tantos confesores, cuyas frentes marcadas por dos veces con el sello de Jesu-Christo (f) merecian que sus vidas fuesen reservadas para vivo exemplo del martirio? Fué particular providencia de Dios, que un hombre tan necesario á la iglesia, y tan benémerito por sus obras no rematase por entonces el sangriento sacrificio de la suya. Si alguno quisiere asegurarse de que no se retiró llevado de ningun miedo, no tiene mas de considerar la muerte que sufrió despues, pudiendo retirarse en esta ocasion, como se retiró la otra vez. Es verdad, se puede decir, que le hizo retirarse el temor, no un temor como quiera, y solo sí el santo temor de Dios, con que se guardaba de ofenderle; un temor, con que anteponia el cumplimiento de la voluntad del señor al martirio padecido contra su agrado; pues como en todo estaba sometido á sus órdenes, llegó á creer que si no obedecía quando le mandaba reti-

O.

rar-

secucion: sobre la unidad de la iglesia católica, y sobre la oracion dominical, ó del Padre nuestro.

- (a) En el tratado *contra Demetrio*.
- (b) En el tratado *sobre la peste*.
- (c) Tratados *sobre la limosna y la paciencia*.
- (d) Tratado *sobre la envidia*.
- (e) Tratado *sobre la exhortacion al martirio*.
- (f) En el bautismo, y en la confesion que hicieron de Jesu-Christo delante del magistrado.

rarse, aun el mismo martirio se le hubiera imputado á delito. En fin, para hacer todavía mas palpable que la retirada de san Cypriano no debe atribuirse á flaqueza, sino á particular inspiracion del cielo, añadamos algunas reflexiones sobre lo que hemos dicho en globo. Una persecucion atroz, horrible y bárbara habia llevado á sangre y fuego al pueblo de Dios (a), y como no á todos podía sorprender con los mismos artificios el astuto enemigo, se habia valido de varias estratagemas para derribar la constancia de los soldados de Jesu-Christo. Claro está que en tal conflicto era indispensable la asistencia de un hombre capaz de socorrer á tantos, que habian quedado heridos, y aplicarles los remedios, ya cáusticos y cortantes, ó ya lenitivos, segun fuese el mal. Este hombre grande, dotado de una sabiduria, y de un discernimiento prodigioso fué reservado á ese fin, para que qual diestro piloto enderezase la nave de la iglesia por un rumbo medio entre escollos y escollos; entre la severidad demasiado rígida de los cismáticos (b) y blandura muelle de algunos católicos (c). ¿Por dicha no fué este un golpe de la divina providencia? ¿No andaba aquí visiblemente la mano de Dios? ¿Digani lo que quisiesen quantos piensan que todo esto pudo suceder por casualidad. La Iglesia siempre les responderá á voces llenas: Yo no puedo persuadirme que unos hombres que me son tan necesarios, sean conservados sin particular miramiento de Dios. Vamos adelante, si es que sea de vuestro agrado. Algun tiempo despues fué cundiendo una furiosa y cruel epidemia, que con mortales estragos arrebatava cada dia innumerables personas. El espanto se habia apoderado de todos los ánimos; todos huian

(a) La del emperador Decio desde el año de 249 hasta el de 251.

(b) Los novacianos, que rehusaban admitir á la penitencia, y comunión á los lapsos.

(c) Los que pretendian admitir los lapsos á la comunión con la recomendacion de los mártires, sin otros requisitos.

huian, por evitar el contagio, hasta abandonar y exponer los suyos sin piedad en parages públicos. Hubieras visto inundadas las calles de cuerpos, ó cadáveres postrados, por mejor decir, de aquellos que clamaban á los que pasaban por allí, para que se compadeciesen de su miseria, y los socorriesen. Mas ¡qué dolor era el mirar como nadie atendia sino á sacar provecho de la desgracia ajená ! ; qué nadie era contenido por la consideracion y temor de experimentar igual abandono ! Ninguno hacia por otro lo que hubiera querido se hiciese con él mismo, si se hallase en semejante peligro. No sería bien dexar de referir lo que obró en esta ocasion el digno pontífice de Dios y de Jesu Christo, que otro tanto se descollaba por su piedad sobre los pontífices profanos del paganismo, quanto los sobrepujaba por las ventajas de la verdadera religion. Lo primero que hizo fué juntar al pueblo, é instruirle sobre el valor de las obras de misericordia, ponderando por varios pasages de la sagrada Escritura hasta qué grado merecian las complacencias del señor. Añádíales, que no sería una caridad heróyca la que solo exerciésemos con los fieles ; que entonces sería tal quando la explayásemos mas que un gentil y publicano ; quando el mal recompensásemos con el bien ; quando imitando al Dios de las misericordias, amásemos á nuestros enemigos, rogásemos por la salud de los que nos persiguen, segun Jesu Christo nos amonestá. Que Dios todos los dias hace salir el sol sobre buenos y malos ; envia abundantes lluvias tanto en las regiones de los que no le adoran, como de los que le reconocen ; que sobre todo quien hace profesion de ser hijo de Dios, debe acreditarlo con seguir el exemplo de su padre. Que nuestras obras deben corresponder á nuestro nacimiento, y los que han nacido de Dios, no degenerar de tan noble origen, manifestando con su conducta, ser dignos

nos

nos descendientes de esta ilustre raza. ¡Quántas de estas admirables máximas tenia que añadir como proferidas por el santo, y las omito por el deseo de la brevedad, y por ser largas de referir! Solo si diré, eran tales, que si los paganos las hubiesen podido escuchar, hubieran sido bastante para hacerles creer en la verdadera religion. Pues ¡qué no harian los christianos, despues de haberlas oido; los christianos digo, que toman este nombre de la fé que profesan de Jesu-Christo! Cada uno suministraba los socorros á medida de sus facultades, y segun fuesen sus posibles. Muchos que por ser pobres no podian contribuir con dinero, prestaban mayores servicios, asistiendo á los pacientes con sus propias personas. A la verdad, ¡quien baxo la direccion de un maestro tan grande no se apresuraria á tener parte en obras buenas semejantes, por hacerse grato á Dios, que era su padre; á Jesu-Christo, que era su juez, y á tan esclarecido pontífice? Con efecto, tal era la profusion, tantas las liberalidades que se deramaban aun sobre los paganos, que en esto no solo igualaban los fieles, sino que excedian tambien al caritativo Tobías. Que me lleve á bien lo que digo el piadosísimo Tobías; que una y mil veces me lo lleve á bien, ó que al menos me conceda las superabundantes ventajas y poderío de la ley de Jesu-Christo comparada con la de Moysés, no tan fecunda como aquella en estos rasgos de perfecta y heróyca caridad. Lo que executaba Tobías era enterrar solo á los de su nacion, que el rey de los asirios hacia morir y dexar sin sepultura¹.

4 Tan misericordiosas y exemplares obras solo tuvieron por recompensa el destierro. Nada hay mas comun entre los desalmados que volver mal por bien. Como existen las actas (a) en que se refiere lo

(a) En seguida hablaremos de ellas.

lo que el santo obispo respondió al interrogatorio del procónsul, no hay necesidad de repetirlo aquí. Entre tanto arrojan de la ciudad á un hombre que habia hecho tanto bien por salvar á la ciudad; á un hombre que habia librado á tantas personas de las agónias de la muerte; á un hombre en fin, que proveyó con su vigilancia para que no quedase desierta la república, y hecha un yermo la populosa Cartago, quando innumerables ciudadanos abandonaban sus hogares, espantados del aspecto horrible de la patria. Las potestades de la tierra, que pusieron el destierro entre las penas de los malhechores, vean con que justicia lo hicieron padecer á san Cypriano. Lo cierto es que á nosotros los christianos no nos lleva tanto un apego femenino al suelo nativo, pues que aun á los mismos padres los debemos aborrecer, si intentasen apartarnos del verdadero Dios. A los hombres terrenos aflige en gran manera el vivir fuera de la patria; para los christianos todo el mundo es una misma patria: todo él un domicilio. Aun quando nos echasen á las regiones mas distantes y solitarias, ni allí sentiríamos las incomodidades del destierro, sabiendo que del señor es toda la tierra y su plenitud. Pues ¿qué? si se considera que quantos sirven á Dios de veras son como extraños en su misma patria, porque despojándose de los deseos mundanos por la gracia del Espíritu Santo, y desnudándose del hombre viejo, hasta entre sus conciudadanos, hasta entre sus parientes mismos viven muy ajenos de todo terrenal cuidado? Júntase á esto, que aun concedido que el destierro fuese una pena en sí, no sería pena; antes bien mucho motivo de gloria el sufrirlo en prueba de nuestra virtud. Pero supongamos que el verse desterrado el christiano fuese un suplicio afrentoso; siempre sería una mas enorme injusticia de parte de los paganos, que á pesar de los remordimientos de su interior

con-

condenasen al inocente con el rigor de lo que ellos llaman pena. Dexemos aparte que el sitio adonde fué desterrado san Cypriano era deliciosísimo por su amenidad. Imaginémosle al contrario como un horrible desierto, espantoso á la vista, abrasado por falta de aguas, sin verdor, sin un rio, cuyas corrientes fecundasen las riberas. Representémosle erizado de intrincados peñascales, y como una vasta y abandonada soledad. Ni aun quando se hubiese encerrado allí á san Cypriano, se pudiera llamar lugar de destierro un terreno tan desapacible, en donde, aunque le hubiese faltado la asistencia de los hombres, jamás le hubiera faltado la de las aves, como á Elías ¹, ó la de los ángeles, como á ² Daniel ³. No haya creer que ningun confesor de Jesu-Christo, sea qual fuere, puesto en iguales circunstancias, se vea destituido de todo socorro; pues ¿qué? si el tal es un pontífice de Dios, que habia empleado toda su vida en hacer obras de piedad? Pero volviendo al propósito, el señor no lo permitió así, y el parage adonde fué desterrado san Cypriano, lejos de ser tan horroroso como se ha figurado, bien pudiera llamarse lleno de delicias, y qual el mismo señor tiene prometido á los que ante todas cosas buscan el reyno, y la justicia de Dios ³. Y omitiendo las frecuentes visitas que le hacian los hermanos y la caridad entrañable de los moradores de aquel lugar, que suplia por todo lo que habia perdido al salir de Cartago, no callaré, como mereció ser visitado del mismo Dios, quien le reveló y aseguró su cercano martirio, para que el pueblo de Curuba (a) gozase la gloria de tener en su recinto mas á un martir que á un hombre desterrado. El mismo dia que llegamos allí, (pues tuvo la bondad de escogerme entre otros para acompañarle en el destierro,

(a) De la provincia de Cartago á orillas del mar, hoy Gurba.

to, y ; óxala le hubiese acompañado tambien en el martirio !) aun no bien el sueño había cerrado mis ojos , me dixo , quando se me apareció un joven de extraordinaria y gentil presencia , representándoseme como que era guiado de su mano al tribunal del procónsul (a). Apenas me vió éste delante luego se puso á escribir en las tablas la sentencia contra mí , ignorando yo su contenido , por no haber precedido ningun interrogatorio judicial ; pero áquel gallardo joven, que se habia colocado á espaldas del procónsul , la leyó con cuidado ; y como lo que decia no pudo declarármelo por palabras, me lo dió á entender con señas , porque levantando la mano á manera de una hoja de espada , y remedando el golpe mortal que corta la cabeza de un hombre , me significó con este bizarro ademán quanto hubiera podido expresarme de viva voz. Comprehendí la pena capital que se iba á fulminar contra mí. Rogué, insté al juez para que se suspendiese la execucion de la sentencia por espacio no mas que de un solo dia , á fin de disponer en ese breve tiempo , y arreglar mis cosas. A puro repetir mis súplicas , observé que empezaba á escribir de nuevo en las tablas no sé que ; pero conocí por la serenidad de su semblante que se habia dexado mover de mis ruegos , y convencido de mi justa demanda. Aun aquel galano joven que me habia hecho señas la otra vez , volvió á repetirmelas ahora, y me dió á entender cruzando las manos (b), como me estaba otorgada la dilacion que habia solicitado. Y aunque me alegré de esto sobremanera, y aun no se hubiese leído la sentencia , todavía temé-

(a) Residia en la provincia de Cartago, llamada por eso proconsulár.

(b) O encogiendo los dedos siguientes al índice, si se ha de leer: *Contortis post indicem, no post invicem digitis*, como discurre el raductor italiano de la *Unidad de la iglesia*.

meroso de que tal vez no comprenderia bien lo que por aquellas señas se me queria hacer saber, se me estremecia y me palpitaba el corazon en medio de toda su alegría. ¿Qué cosa mas clara que esta revelacion? ¿Cuál mas feliz? Primero se le predixo quanto le habia de suceder despues. Nada cayó en tierra de las promesas de Dios: ninguna de sus palabras dexó de cumplirse por entero. Recorred todos los pasages segun que sucedieron. Pide se difiera por un dia la execucion de la sentencia, para tener tiempo de ordenar sus cosas. Este dia significaba un año, que todavía le restaba vivir entre los mortales; pues, por hablar mas claro, fué coronado con el martirio el mismo dia en que justamente hacia un año que habia tenido aquella misteriosa vision. Es verdad que no encontramos en la Escritura año del señor, como encontramos dia del señor (a); mas no por eso dexamos de entender el término señalado á las promesas del mismo señor. En suma, nada importa que por un dia no se hubiese significado un dia solo, sino un año cabal y entero; y mas quando la inteligencia de lo que solo se habia declarado por señas, y no con palabras, estaba reservado para aquel tiempo en que se habia de cumplir lo prometido; siendo cierto que por lo comun no nos servimos de las palabras, salvo para expresar las cosas que ya han pasado. Con efecto nadie penetró lo que se queria dar á entender con semejante revelacion, hasta que se vió haber el santo consumado el martirio el propio dia en que la habia tenido un año antes. Así es que todos en el tiempo intermedio estaban firmemente persuadidos de que no

tar-

(a) Dice Lombert que no entiende lo que queria expresar aquí Poncio por año del señor. Segun mi parecer, su intento fué decir que no se halla en la Escritura la expresion *Annus Domini*, como á cada paso se encuentra la de *Dies Domini*. Confieso sin embargo lo obscuro y escabroso que anda Poncio en este periodo.

tardaria en verificarse la muerte gloriosa de san Cypriano; pero el quando, y en qué dia, esto es lo que ninguno podia saber. Algo de esto encontramos en las Escrituras; pues el gran sacerdote Zacarías en pena de no haber creído al ángel, que le prometió tendria un hijo, quedó mudo; de manera que para declarar qual habia de ser su nombre, le fué preciso pedir por señas recado para escribir ¹. Lo propio aquí, quando el mensagero de Dios manifestó por señas á san Cypriano su inminente martirio, y fortaleció en la fé con esta promesa al sacerdote del señor. Si pidió la dilacion de la sentencia, no fué por otro fin que el de dexar arregladas las cosas pertenecientes á la iglesia. Si se le otorgó lo que pedia, solo fué para que hiciese en bien de los pobres todo aquello que hubiera mandado hacer, si hubiese de morir desde luego. Y aun por esto solo me persuado dispondria Dios que los mismos que le habian desterrado, y le habian de quitar la vida, le dexasen vivir todavía algun tiempo, para que echando todo el resto de su fervorosa caridad, y teniendo en su presencia á tanto desvalído, emplease en socorro de ellos los postreros esfuerzos de su christiana munificencia (a).

Luc. 11.

5 Ordenadas tan santamente sus cosas, y declarada su última voluntad, iba llegando ya por sus pasos aquel dichoso dia de mañana significado en la vision. Ya se habian tenido nuevas de Roma sobre el martirio de Sixto, de este exemplar y piadoso pontífice (b). Ya se esperaba por momentos que viniere el verdugo á degollar tambien esta preciosa víctima, y todos los dias se preparaba san Cypriano para este sacrificio con un fervor tal, que se podia decir que en cada uno de ellos conseguia nueva co-

P

SO-

(a) Así se vé por las cartas LXXVII, LXXVIII. y IX.

(b) En la persecucion de Valeriano, y Galieno año 258.

rona del martirio. Vieras entonces como venian á visitarle muchas personas distinguidas por su autoridad y nobleza, las quales movidas de los sentimientos de su antigua amistad, le aconsejaban se retirase, hasta ofrecerle parages donde se pudiera esconder. Pero quien solo suspiraba por el cielo, y menospreciaba las cosas de la tierra, no se dexó vencer de tan blandas amonestaciones. Es verdad que si Dios se lo hubiera ordenado así, se puede presumir condescenderia desde luego á tantas instancias como se le hacian. Ni es menos digno de alabanza aquel teson con que en medio de encenderse la mas cruel persecucion por los paganos, que enfurecidos á resultas de los edictos del príncipe, quisieran acabar de una vez con el nombre de los christianos, no cesaba sin embargo de exhortar á los fieles, y animarlos al desprecio de los trabajos de esta vida, considerando la gloria que tras ellos se sigue en la otra. Era tanto lo que amaba la divina palabra, que hubiera deseado ser muerto con ella en la boca al tiempo que hablaba de Dios, y predicaba á su pueblo. Estos eran los exercicios que hacia cada día, y le iban preparando para agradable holocausto del señor, quando ved aquí que una partida de soldados, enviada por el procónsul á las órdenes de un capitan, se apodera de su persona, y le llevan á los mismos jardines que habia vendido desde los principios de su conversion, y quiso Dios se los devolviesen despues (a), los quales seguro que aun ahora hubiera vuelto á venderlos para socorrer á los pobres con su precio, si no fuera por no exponerse á la envidia de los perseguidores. Creeria tal vez aquel jefe militar sorprehender á Cypriano, pero tan fácil era sorprehender á un hombre que siempre estaba pre-
ve-

(a) Sin duda por haberse hecho christiano el comprador, como discurre Pamelio sobre la carta LXXXII. del santo.

venido? Marcha pues el santo obispo, no dudando de haber ya llegado el momento que hasta entonces se le habia diferido: marcha magnánimo y resuelto: en el semblante alegre, intrépido en el corazón. Mas habiéndole dexado hasta el día siguiente, y llegada la mañana, le volvian de las casas del procónsul, quando en esto se esparce la voz por todo Cartago de que Tascio (así llamaban á san Cypriano) habia sido presentado en el tribunal del procónsul; aquel Tascio tan conocido de todos por la celebridad de su nombre, y por el ruido que habia causado su destierro (a). Corrian todos de aquí y allí á ver este grande espectáculo, si glorioso para nosotros, para los paganos vergonzoso. Pasó la noche en casa del capitan, pero con una guardia tan ligera, que sus compañeros y amigos estuvimos á su lado con la franqueza que siempre. Entre tanto rezeloso el pueblo de que aquella noche sucediese alguna cosa sin sabiduría suya, velaba á las puertas de la casa; nuevo favor que le enviaba el cielo, ordenando que el pueblo de Dios no durmiese con la expectation del martirio de nuestro santo. Alguno preguntará ¿qué motivo pudo haber para llevarle de las casas del procónsul á las del capitan? ¿Seria, como no faltaron quienes lo dixesen, por antojo del procónsul? Nada menos; y lejos de nosotros el atribuir al capricho de un hombre los golpes maravillosos de la divina Providencia. Lejos el pensar que la suerte de tan grande mártir pendie-

(a) Esta relacion de Pancio está algo truncada, sin duda por descuido de los copiantes, pues aunque el santo fué llevado á sus jardines, no luego compareció en el tribunal del procónsul; porque noticioso de la ida de esta á Utica, y que le llamaba allí, se ocultó, deseando padecer el martirio en Cartago, donde era obispo. Así al punto que supo la vuelta del procónsul á Cartago, él tambien volvió á los jardines, y de aquí fué llevado al tribunal del mismo procónsul. Véase la carta LXXXII. del santo.

diese de la voluntad del magistrado. Aquel día de mañana predicho por Dios un año antes recaía sin falta en el día de mañana. Amaneció por fin este dichoso día; día señalado, día prometido, día divino, que no estaba en mano del tirano el alargar: día placentero, delicioso, y sin nubes, que había de ser testigo del martirio. Sale pues Cypriano de la casa del capitán, como un general de los ejércitos de Dios, y de Jesu-Christo, rodeado por todas partes de un sinnúmero de christianos que se habían juntado á él como para triunfar de la muerte á mancomún. Quando caminaba así, pasó por donde estaba el circo (a), lo qual no fué sin misterio, para que se dixese que quien acabada la carrera, iba á ser remunerado con la corona de justicia, ya había corrido todo el estadio. Luego que llegó á las casas del procónsul, por no haber venido éste todavía, se le puso en un parage reservado. Aquí se sentó, hallándose muy sudado con la fatiga del camino, y por casualidad el asiento estaba cubierto de un lienzo, para que aun en los últimos instantes de su vida gozase los honores de la cátedra episcopal (b). En esto uno de los soldados, que antes había sido christiano, le ofrecia sus vestidos, con los que pudiese trocar los suyos que estaban pasados del sudor, llevado de la piadosa ambicion de poseer como reliquias estos naturales excretos de un mártir.

que

(a) Sitio donde corrian los que aspiraban al premio. La traducción francesa de Lombert al parecer vierte mal este periodo, entendiendo por circo, por donde pasó el santo, el lugar de su martirio.

(b) Porque se cubrian de tapetes, segun se observa tambien ahora en los sitios de los señores obispos. San Paciano, obispo de Barcelona, en su carta 2. á Symproniano reconviene á Novaciano sobre que *consecrante nullo, linteatam sedem acceperit*. Véase tambien á San Agustin, epist. 23. á Maximino obispo donatista, donde dice así: *In futuro Christi judicio nec absidæ gradatæ, nec cathedræ velatæ adbibebuntur ad defensionem ubi caperit accusare conscientia et conscientiarum arbiter judicare.*

que iba á ver á Dios. Pero san Cypriano le respondió : ¿Qué al caso viene ahora ese alivio que me ofreces , para una incomodidad que en breve cesará de molestarme ? En verdad nada extraño es que quien hacia desprecio de la muerte misma , igualmente despreciase los trabajos del cuerpo . ¿Qué mas podré decir ? Avisan al procónsul de la llegada de san Cypriano ; se le conduce delante de él ; se le presenta ; preguntado por su nombre , responde quien es , y sin mas palabras , ni contextaciones * lee el juez su sentencia escrita sobre las tablas , la qual no habia leido en la vision que hemos referido . Sentencia misteriosa ; sentencia digna de tal obispo , y de tal mártir ; sentencia honorífica en que era llamado el portaestandarte de la secta de los christianos ; el enemigo declarado de los dioses ; en que se decia , habia de servir de exemplo á los suyos , sellando con su propia sangre su doctrina . Nada mas verdadero que esta sentencia : nada mas cierto , ni mas cumplido ; quanto en ella se dixo , aunque dicho por boca de un gentil , todo es divino . ¿Y qué maravilla ? quando los malos pontífices , qual Cayfás , profetizaron la muerte de Jesu Christo ¹ ? ¿Quién negará haber sido el portaestandarte de la milicia de los christianos un hombre que les habia enseñado á llevar la señal y divisa del mismo Jesu Christo ? ¿Quién , haber sido el enemigo declarado de los dioses aquel que mandaba destruir los ídolos ? ¿Quién negará que hubiese servido de exemplo á los suyos , siendo el primer obispo de Cartago que padeció el martirio ? ¿Quién en fin , que hubiese sellado su doctrina con su propia sangre , la doctrina de los mártires , la qual ratificaron otros muchos , siguiendo las huellas de su maestro , y deseosos de participar su gloria á costa de sus vidas ? Al salir de las casas del procónsul se vió rodeado de una escolta de soldados ; y para que á la execucion de su sentencia no faltase ningun

* Que las que constan por las Actas.

Joa. II.

ma-

marcial aparato, le seguian á su lado los centuriones y tribunos. El lugar del suplicio era un terreno llano, pero de risueña y magnífica perspectiva por lo frondoso de los árboles que por todas partes le cercaban. No permitiendo el dilatado espacio de aquel campo, y mas por el confuso tropel de gentes, mirar con holgura desde abaxo este espectáculo, muchas personas subian á las ramas de los árboles por honrar á san Cypriano, como Zaqueo á Jesu Christo, quando para verle en el camino de Jericó tuvo que valerse del propio ardid ¹. El mismo santo se vendó los ojos, y rogó al verdugo se diese prisa; pero á éste le temblaban las manos, y apenas podía empuñar la espada, hasta que por fin llegó el momento crítico de la victoria, y ayudado del brazo del centurion le hirió la cerviz con el golpe mortal, derribando en tierra su cabeza. ¡O pueblo bienaventurado de Cartago! pues que en alguna manera padeciste los trabajos de tu obispo con los ojos, con todos los sentidos, y aun con las voces (a), siendo al menos coronado para con Dios, segun le habias oído predicar al mismo muchas veces. Y aunque no pudieron cumplirse los comunes deseos de que todos tus ciudadanos, que confesaban á Jesu Christo, sufriesen la muerte con su obispo; pero siempre será cierto que quantos de veras lo anhelaron, le tuvieron al mismo por testigo fiel de sus ansias, quedando á cargo suyo presentarlas ante el trono de Dios. Así murió san Cypriano, el qual despues de haber sido el exemplo de todos con el agradable olor de sus buenas obras, fué tambien el primero que en seguida de los apóstoles llegó á teñir en África con su sangre las pontificales coronas (b);
pues

(a) Porque gritaban: *Que á todos nos degüellen con él.*

(b) San Gerónimo á San Agustin, epist. 84.ª aliás 147.ª. *Fratres tuos ut meo nomine salutes, precor coronam tuam.* Con estas coronas

pues desde que empezó á haber obispos en Cartago, no se sabe que ninguno de ellos, aunque exemplares y santísimos, hubiese padecido martirio. Y si bien una virtud verdaderamente piadosa es como un martirio en las personas que sin reserva se han consagrado á Dios; pero por gracia particular del cielo solo Cypriano fué hasta entonces el que en una ciudad tan insigne, donde habia hecho el primero tantas acciones esclarecidas, tambien ilustró el primero con una generosa muerte la dignidad del sacerdocio. ¡Qué haré yo aquí combatido de dos pasiones, opuesta la una á la otra! ¡del gozo que siente mi alma por su martirio, y la tristeza de haber quedado en esta mortal vida! Mi corazon dividido entre estos dos afectos se vé apurado de su choque. ¿Doleréme de no haberle acompañado en su muerte? Pero ¿cómo podré dexar de regocijarme por su victoria? ¿Me regocijaré por su victoria? Mas ¿cómo dexaré de dolerme de no haberle acompañado en su muerte? Si va á decir la verdad, aunque ya vosotros mismos lo conoceis, mucho, y muy mucho me alegro de su gloria; pero mucho mas me entristezco de haber quedado sin él.

AC-

se ceñian la frente los obispos, en cuyo lugar sucedieron despues las mitras. Véase á Tomasino, part. 1. lib. 1. cap. 45. Comunmente se asegura con el cardenal Bona no haberse introducido las mitras hasta el siglo XI, pero en España parece que ya se usaban en el X, pues el célebre código alveldense, ó del monge Vigila, contiene varios retratos de obispos con sus mitras, habiéndose concluido este insigne monumento de la iglesia de España en el año 976. La figura de la antigua corona episcopal se puede ver en Mabillon, *Anales del orden de San Benito*, al año 525. en que retrata á San Remigio, ú otro obispo vestido de pontifical segun se halla en la fachada de Sta. Maria de Nigella (Nesle la Reposte) diócesis de Troyes.